

SERMON

SOBRE

LA SANTA SEPULTURA DE JESUCRISTO PARA EL VIERNES SANTO

*Ubi ergo propter Parasceven Judaeorum,
quia juxta erat monumentum, posuerunt
Jesum.
"Allí, pues, pusieron á Jesus, por ser día
de la preparacion de los Judios, y estár
cerca aquel sepulcro."
S. JUAN, CAP. XIX, v. 42.*

Si hubiera yo de hacer el elogio fúnebre de algun héroe ó vencedor terreno, ó de alguna persona constituida en dignidad é insigne por su sabiduría y virtudes, pudiera comenzarlo por la pompa y aparato lúgubres, por alguna estatua ó monumentos que se hubiesen erigido á su memoria, ó por algun epitafio que le hubiera consagrado la fama en algun fastuoso mausolco. Pero habiendo de hablar de la sepultura de nuestro Salvador Jesucristo, aunque nada mejor que su Sagrado Cuerpo unido á la Divinidad; aunque ningunos asistentes mas dignos que la Santísima Vírgen, que los Angeles, que en traje de modestísimos

jóvenes le acompañaron llorando en sentir de San Agustín y de San Bernardo, y que los Varones ó magnates José y Nicodemo, San Juan y las Santas mujeres; no obstante, debía llevar impreso el carácter de la humildad, de la pobreza y de la simplicidad. Sus exequias, ni fueron comunes ni suntuosas, sino esclarecidas y prodigiosas. Según la sencilla narración del Evangelio, venida la tarde, porque era la Parasceve, esto es, el día que precede al sábado, un hombre rico de Arimatea llamado José, noble Decurion, varon justo, animosamente se presentó á Pilato. Como era discípulo de Jesus, pero oculto por temor de los judíos, le suplicó que le permitiese quitar su Cuerpo de la Cruz. Pilato, admirándose de que tan pronto hubiese muerto, hizo venir al Centurion, y le preguntó, si habia ya muerto. Y habiéndoselo asegurado el Centurion, dió el Cuerpo á José. Juntósele tambien Nicodemo que antes habia acudido á Jesus por la noche, trayendo como cien libras de una mistura de mirra y aloé. Ambos, pues, tomaron el Cuerpo de Jesus, lo envolvieron en lienzo con aromas, como es costumbre sepultar entre los judíos, y lo pusieron en un monumento nuevo, excavado en la peña, en el mismo huerto donde habia sido crucificado: *Ibi ergo propter Parasceven Judeorum, quia juxta erat monumentum, posuerunt Jesum.*

¡Pero acaso no podrian todos los espíritus bienaventurados, ejecutar bajo la figura de hombres el oficio de los funerales para con los Santísimos restos del Salvador? ¡Ah! Los Serafines, Querubines y Tronos; las Dominaciones, Virtudes y Potestades; los Principados, Arcángeles y Angeles, se hubieran

honrado con desenclavar y bajar del madero el Cuerpo muerto del Señor Jesus: al instante le ungerian con bálsamos y perfumes especialísimos; le amortajarán con primor é inusitados atavíos, y le colocaran en una riquísima urna de oro bruñido, cubierta de toda clase de piedras preciosas. Mas, ¡ay qué espanto! ¡qué horror! al imaginarnos que le llevaban en una solemne procesion por las calles públicas y plazas de Jerusalem, habria muerto todo aquel pueblo ingrato solo con alzar los ojos á verle; á la manera que en otro tiempo fué exterminado un pueblo entero de Bethsamitas, por haber mirado el Arca del antiguo Testamento. Si sus padres, despreciando el maná en el desierto, se hartaron de las carnes de las codornices y murieron; ellos, que conculcaron, hirieron y despedazaron la Carne del Hijo de Dios, no hubieran obtenido mejor suerte. Consiguientemente, sepultándole todas aquellas superiores é impasibles criaturas, es de creer que guardarían el sagrado túmulo, Querubines con espadas de fuego que hiciesen centellar; así como cuidaron ellos mismos del camino del árbol de la vida en el jardín de delicias, luego que pecaron nuestros primeros padres.

No convenia esto, sin embargo de la infinita omnipotencia de Dios, á las altas miras que tenia respecto á nuestra redencion. Los Maniquéos, que atribuian á Jesucristo un cuerpo fantástico, y los Valentinianos un cuerpo celeste, habrían apoyado sin duda sus herejías con este fundamento que las favorecia. Así es, que para confirmar la fé de la Carne de Cristo muerta y depositada en el sepulcro, se valió el Señor de las manos de los mismos hombres. Hé

aquí, pues, insinuado el objeto principal de mi discurso y de vuestra recomendable atención. Para declararlo con acierto, solicitemos un socorro del Espíritu Santo, bajo los auspicios de la Inmaculada Virgen María, que deseó con tanto ardor y entre continuos é indecibles deliquios, morir y ser sepultada al lado de su Hijo Santísimo. Ave María.

"Allí, pues, pusieron a Jesús, por ser día de la preparación de los Judíos, y estar cerca aquí sepulcro."

S. JUAN, Cap. y vers. citados.

Preguntando el Apóstol San Pablo, si deberémos entregarnos al pecado para dar lugar á la abundancia de la gracia; responde, "que estando nosotros ya muertos al pecado, no debemos vivir en él." Esto lo prueba con el bautismo, cuyo efecto es aplicarnos los frutos de la muerte y resurreccion de Jesucristo, haciéndonos morir al pecado y vivir para Dios. Pero para conocer mejor los puntos importantes que se derivan de la Santa Sepultura del Salvador, me valdré de las mismas palabras expresas, de que usa el mencionado Apóstol: "En el bautismo, dice, hemos quedado sepultados con él, muriendo." Esta sola frase da por supuesto, que el Sagrado Cuerpo de Cristo real y verdaderamente descansó en el sepulcro para ejemplo nuestro, y manifiesta que los fieles somos sepultados con él espiritualmente, muriendo á los pecados. No menos se percibe que nuestros cuerpos comunicarán de su Santísimo Entierro, por cuanto la vida del alma se extiende también á ellos, no solo en el estado de gloria sino aun en la tierra, por deshechos que se hallaren despues de la muerte. Por eso

voy á proponeros estas dos breves reflexiones: Primera: El Cuerpo de Jesucristo muerto, estuvo encerrado en el Sepulcro como nuestro ejemplar: Segunda: Nosotros somos sepultados con Jesucristo por cierta participacion.

PRIMERA PARTE

No podia haber mayor humillacion para un Hombre Dios, que el que siendo el único libre entre los muertos, le confundiesen los hombres bajo de la losa fria con los demas cadáveres. Como que era dueño de dar su vida y de volverla á tomar, se queja con razon, y con el mas propio sentimiento, en el Salmo ochenta y siete, de que se le reputase, segun la opinion de los hombres, en la condicion de los otros muertos: "Me cuentan, dice, entre los que han bajado al sepulcro; he venido á ser como un hombre desamparado de todos, libre entre los muertos." Dos cualidades, pues, una comun y otra particular, le constituyen nuestro modelo entre las sombras de la muerte, y estas son: que su Sagrado Cuerpo estuvo en efecto en el sepulcro insensible como cualquiera otro cadáver, y que fué exento de corrupcion.

La sepultura simbólica del Profeta Jonás, en el seno de la gran ballena, representa nada menos que la sepultura real de Jesucristo, aunque solamente en cuanto al tiempo que permaneció sepultado. Así lo explicó el mismo Señor, por San Mateo, á los Escribas y Fariseos, que querian verle hacer algun prodigi-

gio, con estas terminantes palabras: "Porque así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de un pez, así el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra." Algunos intérpretes numeran estos tres días y tres noches, computando también por noche las tinieblas milagrosas que se espacieron sobre la tierra en la crucifixion, desde las doce hasta las tres de la tarde. Pero San Gerónimo expone mejor este pasaje por la figura sinécdoque, según la cual, entendemos el todo por la parte. Así es, que cuenta el día del viernes con su noche antecedente, la noche siguiente con el día del sábado, y la tercera que es principio del domingo. "Leemos, en el Génesis, dice, que la noche no es del día que precede, sino del que sigue; esto es, principio del día futuro y no fin del pasado." Además, desde las tres de la tarde del viernes en que espiró, hasta las tres de la mañana del domingo en que resucitó, según la opinión más bien fundada, corrieron treinta y seis horas: tanto así se mantuvo su Alma unida á la Divinidad en el seno de Abraham, como lo sienten San Ireneo, San Gregorio Niceno, Tertuliano y otros Padres, y su Cuerpo unido á la Divinidad permaneció privado de vida. En el sepulcro estuvo no más que treinta y tres horas, conforme á los treinta y tres años que vivió sobre la tierra, porque fué enterrado á las seis de la tarde, como dice San Bernardino. Si se adopta la sentencia de los que creen que resucitó á media noche así como nació á media noche, deberá formarse otro cálculo. De todos modos consta que su Sagrado Cuerpo durmió en la mansion de la muerte, pero careciendo de acción y pasión como cualquiera otro

cadáver. A no ser así, no nos hubiera servido de ejemplo para sepultarnos con él, muertos al pecado y vivos para con Dios; igualmente quiso hacernos superiores á nosotros mismos, quitándonos de este modo el horror que nos infunde la muerte. El mayor fundamento de toda esta verdad lo establece el Evangelio de San Marcos, donde se lee, que antes de conceder Pilato la licencia para su sepultura, se informó con diligente averiguación sobre su muerte.

Más según el contexto del Salmo indicado, no solamente fué puesto en el hondo seno frío, como los que mueren naturalmente y sin violencia, sino como los que mueren en un suplicio de un modo sangriento y horroroso. Y si es difícil de concebir cómo un cuerpo unido hipostáticamente al Verbo, careció de todo movimiento en el sepulcro, no lo es menos que este mismo Cuerpo estuvo privado en toda su vida, exceptuando la Transfiguración del resplandor y gloria que le comunicara su Alma bienaventurada. Estos y otros son como misterios subalternos á que fácilmente se presta la fe, y obsequia rendida la razón; pero después de haber creído el grande y principal misterio de la Encarnación, que fué revelado á los hombres en estas solas cuatro palabras: *Verbum caro factum est.*

Lo más raro y admirable de este Santo Cuerpo detenido en aquel lugar tenebroso, fué estar muerto á un mismo tiempo y libre de corrupción. ¡Oh prodigio inaudito! ¡Oh mano poderosa del Altísimo! ¡Quién podrá ponerte límites! ¡Oh preordinación inconmutable de los sucesos del Redentor! ¡Cómo no se había de cumplir lo que ya había profetizado Da-

vid? ¡Ah! "Porque no has de dejar, dice, mi alma en el infierno, ni has de permitir que tu Santo experimente la corrupcion." Desde luego, que el Alma Santísima de Jesucristo á quien conviene con toda claridad este versculo, duró solamente en el limbo de los Justos, "desde la muerte hasta la resurreccion, como canta la Iglesia en el oficio del Sábado Santo; "y su Carne no padeció la corrupcion ó la resolucion en los elementos," como expone San Juan Damasceno. Forzoso es, segun la mente del Angélico Doctor, que los despojos de los demas hombres se corrompan y se reduzcan á polvo, por la enfermedad de la naturaleza. Pero la muerte de Jesucristo fué voluntaria, causada de pasion y no de flaqueza. Y para que no se atribuyese á este motivo, quiso que su Cuerpo perseverase incorruptible en el sepulcro para ostension de la divina virtud. Ya habia dicho el Crisóstomo, escribiendo contra los gentiles: "Viviendo los otros hombres, esto es, aquellos que obraron esforzadamente, se les aplauden sus propias hazañas; pero acabando ellos, acaban ellas. Mas en Cristo fué todo lo contrario; porque antes de la Cruz, todas las cosas son tristes y endebles; mas luego que fué crucificado, todas las cosas se hicieron ilustres; para que conozcas, que no murió en la Cruz un puro hombre."

Demas de esto, despues de haber clamado el Salmista al Señor, y dirigidole sus súplicas en persona de Jesucristo, prosigue así: "¿Qué utilidad resultará de mi sangre, euando yo descienda á la corrupcion?" "Ninguna, puede responderse con San Agustín, porque se perderia la virtud de su Sangre derramada por nuestra salud." En efecto, el Cuerpo de nuestro

Salvador, por la condicion de su naturaleza pasible, pudo sufrir putrefaccion, como lo expresa el citado Angélico Maestro. Pero supuesto que no estaba sujeto al pecado, ni le comprendia la muerte ni la corrupcion. Aceptó, sin embargo, con toda su voluntad la muerte por nuestro remedio, y no la resolucion de su Carne, para que no se ereyese con detrimento de nuestra redencion, que no era juntamente Dios. Tanto mas convino esto cuanto que resucitando al tercero dia, nos dió un testimonio suficiente de que resucitarian tambien los hombres, por sus méritos infinitos, aun de cualesquiera cenizas en cualesquiera tumbas. *¿Quae utilitas in sanguine meo, dum descendo in corruptionem?* No me detendré mas sobre este asunto, siendo así que bastan estas pruebas infalibles. Ya debo dar principio á mi

SEGUNDA PARTE

Como asegura el Apóstol y debe entenderse principalmente de Jesucristo: "Todas las cosas que han sido escritas, para nuestra ensenanza se han escrito." Con relacion, pues, al Santo Entierro de nuestro Salvador, dice San Gerónimo, exponiendo aquellas palabras de Isafas: "Le dará á los impíos por su sepultura." Cristo entregará á Dios y á su Padre las gentes, que eran sin piedad, porque las adquirió muerto y sepultado." En este ilustre testimonio se funda Santo Tomás de Aquino, para afirmar, "que así como su muerte obró eficientemente nuestra salud,

así también su sepultura." Pero según el dictámen de San Agustín, desde la tarde de la sepultura hasta el alba del día de la resurrección, se cuentan treinta y seis horas, esto es, toda una noche con todo un día y toda otra noche. El día íntegro representa, que como su muerte no provino de pecado, sino que recibida por caridad, prevaleció al modo de la luz del día, no tiene noche. Las dos noches significan las tinieblas de las dos muertes de alma y cuerpo, que removió de nosotros. Ahora bien, dando por supuesto el amor con que el Divino Cordero consumó su sacrificio, el cual abraza precisamente su inhumación, no me ocuparé más que de amplificar los otros dos miembros.

Tomando, pues en seguida el hilo de mi discurso, advierto, que no se puede hablar del sepulcro, sin recordar la muerte de Jesucristo: que no se puede hacer mención de los frutos abundantísimos de la muerte de Jesucristo, sin aplicarlos también al sepulcro. Todos estos bienes son unos mismos, no hay más diferencia, que en el modo de considerarlos. Oigamos al efecto, cómo lo entiende San Pablo: "Porque estais muertos al mundo, dice, y vuestra vida está oculta en Dios por Jesucristo." De consiguiente, si estamos como muertos para las cosas de la tierra, ó para los pecados, estamos al propio tiempo sepultados con Jesucristo, y nuestra nueva vida está escondida en Dios con él. Ved aquí, cómo el lugar que representa el dolor y el luto, se ha convertido principalmente en teatro de felicidad y de alegría para nuestras almas. ¡No es esta aquella piedra en cuyo centro habia excavada una hermosa fosa, á que convida Isaias para descansar á las almas justas....! *De-*

gredere in petram, et abscondere in fosa humo. Hirió Moisés la piedra con su báculo, y manaron torrentes de aguas: Tocó Jesucristo con su immaculado Cuerpo yerto, la roca dura, y brotaron raudales de gracias: *Quoniam percussit petram, et fluxerunt aquae.* Ciertamente, en el Santo Sepulcro encontramos el Libro en que aprenden nuestras almas la ciencia y perfección; el Arca que guarda las riquezas ó dones celestiales; y la Casa de refugio para los pecadores que se sienten arrepentidos de sus crímenes.

A fin de conocer mejor estos efectos, hagamos una comparación entre las circunstancias particulares del Sagrado Entierro del cadáver de Jesús y los mismos bienes. ¡Oh! El pañuelo ó sudario con que los Varones cubrieron la Sagrada Cabeza y Rostro del Nazareno difunto, significa los santos pensamientos en que debe emplearse nuestro espíritu: las vendas ó lienzos con que ataron todo su Cuerpo, designan los lazos de la loable servidumbre con que al imperio de la razón, supuesta la gracia, hemos de sujetar todos nuestros sentidos: la mirra y aloe no menos determinan por su amargura la penitencia, que por sus aromas el olor de la buena fama y de las virtudes; adornados con ellas embalsamamos á Jesús, y con los actos de estas mismas virtudes, embalsamamos también al prójimo: la sábana blanca y nueva con que fué envuelto el Señor, representa, como dice San Gerónimo, á el alma que castamente le recibe: el huerto denota el complemento de las buenas obras, con cuyas flores y frutos ejercitamos nuestra vida, y satisfacemos por nuestras culpas, originadas del delito de Adán cometido en el paraíso terrenal. Ultimamente,

su sepulcro fué ajeno, de un justo, nuevo, excavado en la peña, y cubierto con una grande losa. ¡Oh multiplicados prodigios! ¡Oh infinita redencion! Así como nuestro Señor Jesucristo no tuvo lugar propio de habitacion en la vida, tampoco lo tuvo en la muerte. Pero si aquí se considera la abundancia de su pobreza, en la eleccion de la sepultura del justo realza la recomendacion de la justicia. Nuestro corazon es el sepulcro vivo que está obligado á ser pobre principalmente en lo espiritual, y justo en todas las cosas. Quiso ser sepultado en un monumento nuevo y no en algun otro comun, "para que no se fingiese, como dice San Gerónimo, que otro habia resucitado, permaneciendo en él los demas cuerpos despues de la resurreccion." Conforme á esta novedad material, nuestra alma ha de ser nueva por el bautismo, ó renovada por la sinceridad de la penitencia. Convenia que aquel sepulcro fuese excavado en la piedra, para que no se creyese por razon de su mala clase, que los discípulos habian hurtado el Sagrado Cadáver. A este modo debe estar fortificado nuestro ánimo por todas partes, para que nada le penetre por dentro, y ofenda el Cuerpo de Jesus, hospedado en él. La grande piedra que pusieron aquellos personajes sobre la boca de la tumba, servia para que no pudiese abrirse fácilmente. Por eso hemos de cerrar toda entrada en nosotros al enemigo, perseverando en no perder á Cristo, y en no dar lugar á la perfidia.

Por otra parte, un dogma de fé nos previene "que todos resucitaremos, pero que no todos seremos mudados." Las almas de los justos tornarán á unirse á sus cuerpos para comunicarles la vida: las almas de

los réprobos se juntarán otra vez á los suyos abominables, para hacerlos sus compañeros en el castigo eterno. De aquí es, que solamente los cuerpos de los que mueren en el Señor, reposan en la region de los difuntos á imitacion de Jesucristo: "Todos los que yacen en los sepulcros, dice el mismo Salvador por San Juan, oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren vivirán." Es decir, que no se da esperanza de resucitar por él mismo á la verdadera vida, sino á los que están exclusivamente de otros, encerrados en los monumentos con él mismo.

Y en efecto, que en las reliquias como olvidadas de los bienaventurados existe siempre el rudimento de reproduccion, que dará su fruto á su tiempo. Bien sabemos que nuestras almas son inmortales por su naturaleza, y que nuestros cuerpos han de morir y se han de corromper; sin embargo, ya que los cuerpos de los justos han servido en la tierra á sus almas en el ejercicio de las buenas obras, contienen en sí, aun despues de la incineracion, cierto gérmen de vida sobrenatural; que en el último dia no hará mas que des- enredarse por el poder divino, para que tomen parte con ellas en la fruicion de la gloria. ¡Dios incomprendible! "¡Quién es el hombre, diré con David, para merecer tus recuerdos, y quién es el hijo del hombre para ser favorecido con tus miradas!" ¡Ah! La resurreccion de aquellos huesos áridos que vió en espíritu el Profeta Ezequiel en un campo, puede representar ademas de otras significaciones, la restauracion de los cuerpos de los escogidos que volverán á la vida con los dotes de impassibilidad, claridad, agilidad y sutilidad. Muchos de ellos se distinguirán tambien con

las aureolas concedidas por premio de singulares méritos; y la carne de los Santos Mártires conservará las cicatrices gloriosas de sus heridas que recibieron por la fé de Cristo, mas relucientes que el oro. Desde ahora quedan reservados sus cadáveres en los altos designios del Eterno, que sobre aquellos huesos secos y figurativos de estos preguntaba al Profeta: "Hijo de hombre, juzgas tú que estos huesos puedan revivir!" Muy al contrario los que hicieron mal, como decia el mismo Salvador por San Juan: "Irán á resurreccion de juicio." "Los que, segun San Pablo, no conocen á Dios y no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, pagarán la pena eterna de perdicion ante la faz del Señor y de la gloria de su poder." ¡Desgraciados! hasta en los mismos átomos de sus cadáveres corrompidos persevera un veneno ó infeccion de muerte, que al fin los mudará de mal en peor, abismándolos despues de resucitados en el dolor, el llanto y la condenacion.

¡Qué bien anunció Isaias "que el sepulcro de Jesucristo habia de ser glorioso!" ¡Ah! ¡Qué mayor lustre y celebridad que servir de Arca ó de Tabernáculo al cadáver herido, banado en sangre y frio del Hombre Dios! ¡No hizo este excelente lugar para con el Sacrosanto Cuerpo, en estado de inmovilidad, las veces del vientre virginal de María para con él mismo en estado de vida, desde la Concepcion del Verbo hasta el Nacimiento! Cuando los sepulcros de los demas hombres se manchan con la corrupcion y los gusanos de los esqueletos descarnados y arrojan de sí comunmente un hedor intolerable, éste solo se mejora y engrandece con el santo fruto de la Cruz, incapaz de incinerarse.

Tocado desde entonces, como el hierro por el iman, de una virtud celestial, la difunde en todos los que recurren á él movidos de dolor por sus pecados y por la consideracion de los sufrimientos de la Víctima del Calvario. Como un manantial de aguas copiosas derrama sus saludables corrientes de gracias sobre las almas fieles que trasfirió de la muerte á la vida. Así á los cuerpos, ó en el tiempo de la vida natural, los sujeta á un uso honesto, ó en la misma tumba les deja un principio de renovacion sobrenatural, ó la lleva al cabo en el último dia reuniéndolos á las almas bienaventuradas; *Et erit sepulchrum ejus gloriosum*. Deducid ahora, por consecuencia, que los ilustres Varones ejecutaron todo el funeral de nuestro Salvador, para que se confirmase la fé de su Carne muerta y sepultada: *Ibi ergo propter Parasceven Judeorum, quia juxta erat monumentum, posuerunt Jesum*.

¡Santo Sepulcro, asilo impenetrable de los cristianos! no es mucho que en todos los tiempos acudan á tí los reyes, los grandes, los sabios, los Santos y una multitud innumerable de peregrinos, para cumplir sus votos y rendirte sus respetos y obsequios. Pero consolémonos tambien nosotros por haber extendido los Sumos Pontífices á todas las imágenes del Sepulcro la misma indulgencia que concedieron al de Jerusalem. Tributémosles el culto debido á honor de Dios, y pongámonos á cubierto bajo las tinieblas maravillosas de la fosa santificada que guardó en su seno el mayor depósito que hubiera visto el mundo. Penetrémos de las dulces palabras con que exhortaba Isaias á los israelitas amantes de la justicia: "Aten-

ded, les decia, á la roca de donde habeis sido cortados y á la profunda cantera de donde habeis sido sacados." Con mas razon puedo yo recordaros que Jesus es vuestro Padre, y que por su bendicion os habeis multiplicado: *Atendite ad petram unde excisi estis*. Su muerte y su sepultura brillante entre la misma obscuridad de la caverna, os han dado á luz para que hagais resonar sobre la tierra cánticos de gracias y alabanzas al Señor: *Et ad cavernam laci de qua praecisi estis*. Imitad á la afligidísima Virgen María, que desamparada, postrada y traspasada con la última espada del dolor, como la mas propia y mas bien delineada efigie de la muerte, se hallaba presente ante la lápida del Sepulcro de su difunto Hijo. Seguidla en hora buena al volverse para Jerusalem, pero dejando como ella el alma, la vida y el corazon enterrados en él. Contemplad y proponed por modelos á los piadosos Varones, que no pudiendo reprimir el llanto, vertian abundantes lágrimas y no sabian cómo agradecer á Dios el beneficio de haberlos designado para tan augusto ministerio. Amad como el Evangelista San Juan, que se mostró digno discípulo de tan grande Maestro. Perseverad como la Magdalena, que no se cansó de mirar el lugar en que fué puesto su amado y único objeto de su ternura; quiero decir, que permanezcáis siempre dentro de él con la constancia de vuestros pensamientos, y exteriormente al frente de él la cantidad de tiempo posible. Retiraos, si así lo exigen vuestras obligaciones, de aqueste honrosísimo y respetuoso monumento; pero hacedlo como las otras santas mujeres, para preparar nuevos y mas preciosos

aromas, á fin de embalsamar á Jesus segun sus deseos. Informaos en lo íntimo de vuestro espíritu de todos estos ardientes afectos cada vez que sepulteis en vuestro pecho el Cuerpo Sacramentado de nuestro Redentor, para que goceis de su gracia en la tierra y de su gloria en el cielo.

ASÍ SEA.